

cuaderno sobre dyihadismo y extrema
derecha: odiarás a tu prójimo como a ti
mismo nº 155

philosophie
magazine



13-Noviembre, 10 años después

Djihadismo, populismo: un mismo combate, por Hélène L'Heuillet

[Hélène L'Heuillet](#), publicado el 12 de noviembre de 2025

10 años después de los atentados del 13 de noviembre de 2015, ¿cómo nos ha cambiado el terrorismo? Para la filósofa y psicoanalista Hélène L'Heuillet, el potenciamiento del populismo nacionalista obedece, en el fondo, a la misma lógica del djihadismo: el odio del lenguaje.

¿Un ataque que ha tenido “éxito”?

De la noche del 13 de noviembre de 2015, conservo el recuerdo de la larga fila de espera ante el Bataclan, en la que, a la espera del bus 56, yo echaba una mirada distraída al mismo tiempo que buscaba hacerme una idea del abrigo de invierno, pero también el fugaz empujón que me dio un hombre

apresurado que casi gritaba por el teléfono que «*No, no fue la oficina de correos sino un banco*», y luego, por supuesto, como lo vivimos todos, la ansiedad por los familiares, en aquella batahola de sirenas y de helicópteros. Probablemente nunca dejaré de preguntarme quién sigue vivo entre las personas que vislumbré en la atmósfera despreocupada de un fin de semana, en la suave calidez de una tarde de otoño.

El 15 de noviembre ya, el universo familiar del barrio había cambiado. Obstinadamente, los cafés de las calles Oberkampf, Saint-Maur, Jean-Pierre Timbaud se llenaron de gente — sin consignas y sin concertación previa. En esos lugares ordinariamente tan bullosos, nadie hablaba. El choc, el duelo y la necesidad de estar juntos testimoniaban del trauma en carne viva. Claro que el tiempo ha pasado. La sala de conciertos del nuevo edificio permite una vez más que las multitudes de visitantes se extiendan cómodamente. Las heridas de los que no fueron golpeados de muy cerca parecen haber cicatrizado.

Un acontecimiento tal que tiene que dejar también huellas mucho más allá de los barrios ensangrentados de aquella noche. Tal es el logro del acto terrorista que habiendo atacado a un grupo de personas tomadas al azar en medio de su vida cotidiana, afecta a toda la sociedad por identificación encajada, e incluso más allá. Cuando el ataque no encuentras su causa en ninguna razón precisa sobre la que se hubiera podido actuar desde antes, uno queda petrificado a la espera de su posible repetición, sin saber ni cuándo ni dónde.

El 13 de Noviembre, ¿en el origen de la crisis populista actual?

En 2015, los discursos de odio ya se habían salido de los canales en los que la historia logra de tiempo en tiempo contenerlos. El odio djihadista se había diseminado ampliamente — por ejemplo en Argelia, donde a partir de 1990, los «Afghanos» (llamados así porque habían sido entrenados en los campos de **Ben Laden**) habían aterrorizado a la población argelina durante un decenio entero, en los EE. UU. el 11 de septiembre de 2001 en la demolición espectacular de las Twin Towers y del ataque al Pentágono, en España y en el Reino Unido los 11 de marzo de 2004 y el 7 de julio de 2005, cuando explotaron bombas en los transportes públicos de Madrid y luego de Londres. Paralelamente, el odio populista ya había desatado su empresa de desestabilización de los espíritus, mucho antes de entonces. En 1984, el partido de **Jean-Marie Le Pen** había franqueado la barrera simbólica del 10% de los votos expresados, causando un choque nacional.

Pero algo aconteció después de 2015. El FN y su heredero, a partir de 2018 el llamado Rassemblement national, no han cesado de aumentar sus voces, hasta este año del 2025 en el que el periódico *Libération*, que analiza los resultados de su barómetro *Viavoice*, titula: «[Una mayoría de los franceses se manifiestan dispuestos a “votar por el RN en el futuro”](#)». Si bien el fenómeno es evidentemente plurifactorial, uno puede sin embargo preguntarse si esta gran crisis populista que atravesamos (y que se acentuó después de 2015) no resulta en parte del terror que petrificó a Francia en algunos minutos del 13-Noviembre. En efecto, todo el contexto, en el sentido propio de universo discursivo, el que se viró en diez años hacia la extrema derecha. Reivindicarse políticamente hoy de izquierda no solo es algo pasado de moda y un poco estúpido. Cuando se te ha criado en la evidencia del antirracismo, uno llega a encontrarse en una situación difícil. El discurso común está expresando implícitamente una exigencia, la de «acllarar sus posiciones», la de escoger su campo, incluso por fuera de esta situación de guerra declarada. Le cosmopolitismo, que había experimentado un aumento de interés en los años 2000 y 2010 con la publicación sucesiva de muchas obras ([Ulrich Beck](#), [Kwame Antony Appiah](#), [Louis Lourme](#), [Yves Charles Zarka](#) especialmente) ya hoy nadie lo menciona prácticamente. Hace diez años, cuando se estaba a la izquierda, había que luchar contra la tentación de sus amigos políticos de encontrar excusas para las tentaciones radicales de las juventudes de las comunas. En la actualidad esto es inútil pues nadie se arriesgaría a hacer tales análisis. Hoy hay que dedicarse más bien a desmontar las amalgamas entre los musulmanes y los dyihadistas, entre los Judíos y los sionistas, entre los Israelitas que sostienen su gobierno y los que lo critican. Sin descanso nos tenemos que poner a desmentir los rumores del «gran reemplazo» que logran hacerle creer a grupos enteros de la población que los musulmanes serán mayoritarios en el mundo y en Francia.

El odio es lo que tienen en común el Dyihadismo y el populismo.

La relación entre los atentados de 2015 y la crisis populista ¿obedece a un esquema acción/reacción? Creerlo así equivaldría a desconocer la relación especular que mantiene desde hace tiempos el terrorismo y el populismo. En el populismo como en el dyihadismo lo que se opera es una puesta en acción del odio, en la doble forma del odio de sí mismo y del odio por el otro – odio de sí como otro, odio del otro que detenta siempre una parte de sí. La potencia operatoria del odio pasa por esta duplicación del odio en la que el odio de sí sirve de palanca para el odio por el otro. Los compromisos dyihadista y populista, a pesar de lo que los separa, tienen en común deslastrar al sujeto del odio que se tiene a sí mismo proyectándolo sobre el otro, y proyectar sobre sí el odio del otro. Es lo que significa el ideal de pureza que se presenta en los dos casos.

En el dyihadismo mientras que no se ha matado a los infieles, uno mismo lo sigue siendo aún. Hay que odiar a todo descreído como se odia al descreído que hay en uno mismo, y el único medio de suprimirlo es matarse matando a los infieles. Así mismo en el populismo nacionalista, uno nunca es de suficiente «pura cepa». La xenofobia es el esfuerzo por sacarse de sí, la alteridad. El odio por el otro tiene que ver con la irreductible mezcla presente en las culturas humanas. La diferencia entre el populismo y el dyihadismo no pasa por el grado de odio. El odio es el mismo. Por lo demás no imaginamos de lo que son capaces los populistas. Los dos movimientos tienen en común la creencia de que la expulsión o el asesinato del otro van a conducir al advenimiento de un sí mismo desembarazado de las escorias de la alteridad. Populistas tanto como dyihadistas solicitan el despertar de la nostalgia de una sociedad clausurada sobre sí misma, por tanto imposible y mortífera.

El odio no es lo opuesto del amor sino del lenguaje. Lo que él destruye es el lenguaje al reducirlo a invectivas, insultos, gritos. El objetivo del terror como arma de guerra es desestabilizar a las sociedades ahorrándose en ello el lenguaje. El terrorismo es una «propaganda por los actos», una «acción directa» que rehusa las vías del lenguaje de la política. Para ellos las ideas no deben preceder a los actos, sino emanar de ellos. Así mismo, el éxito populista proviene de la descalificación de la política como lenguaje. La palabra política, según los populistas, no es más que «bla-bla». Hay que creerle a los populistas cuando se empecinan en decir que ellos no «hacén política». Y si de hecho esto es mentira, sin embargo no deja de recubrir una verdad si se considera, siguiendo a **Aristóteles**, que el principio de toda política consiste en regular los asuntos comunes por medio de la palabra. En el populismo tanco como en el dyihadismo, la palabra, particularmente política, es desacreditada. Cuando ya no se puede creer en las palabras y los discursos para regular los asuntos comunes, sólo queda llegar a los actos. De la misma manera que el dyihadismo reduce el Corán a algunos eslóganes, ni siquiera sujetos a la interpretación de los teólogos, así mismo los populistas no se refieren a ninguna cultura política reflexionada, reduciendo sus análisis a un denigramiento general. Votar por un partido populista es ya pasar al acto. Como los dyihadistas, los populistas formulan una misma negación absoluta y general, y reclutan a aquellos de los que reclaman sus voces y sus cuerpos manteniendo el mismo discurso de la expoliación. Nada es más eficaz que el resorte de la expoliación para convencer renunciar a la palabra libre. En las entrevistas realizadas por la periodista **Marie Boëton** los «jóvenes que sueñan con un poder autoritario», una muchacha «que ponía los ojos redondos» cuando se le hablaba de «libertades fundamentales», llegó a decir que hacía días no comía. Dyihadismo y populismo tienen en común el instrumentalizar la disruptión en los procesos de integración y de ascenso social. En los dos casos, el sujeto aspira a deslastrarse de sí mismo como sujeto que habla y que desea, para ponerse bajo la autoridad respectiva de un Dios o de un *leader*.

El populismo no es pues una reacción al dyihadismo, sino la descalificación de la política por otros medios. Antes de 2015, ya la política

estaba fragilizada. Para estar viva, ella exige discursos consistentes y palabras coherentes. Pero por diversas razones, desde hace ya más de un siglo, «*la lengua ha hecho voto de pobreza*», para retomar la expresión de **Victor Klemperer** cuando hablaba de la lengua de los nazis. Los políticos mismos han caído en este empobrecimiento. Al reducir las artes de gobernar a técnicas comunicacionales, lo que se soltó fue el lazo que existía entre las palabras y los actos. En la medida en que se privilegió el acto de decir sobre el sentido, y la imagen a costa de lo real, la política contemporánea no ha podido, en Francia al menos, enfrentar los efectos conjugados del djihadismo y del populismo.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, noviembre 13 de 2025



Entrevista

Hélène L'Heuillet: “Nadie escapa a la tentación de la muerte”

[Octave Larmagnac-Matheron](#), publicado el 09 de noviembre 2020

El terrorismo está en guerra contra el símbolo, contra el lenguaje, contra todo lo que en lo humano produce duda, incertidumbre, ambivalencia..., afirma la filósofa y psicoanalista **Hélène L'Heuillet**. En las grietas de las mentes ociosas se asoma un dogma monolítico e inequívoco con un objetivo preciso: matar la fuerza vital, aislar el instinto de muerte que acecha en las profundidades de la psique de cada uno. Razón por la que según ella siempre se puede temer un mimetismo del atentado; la pulsión de muerte, aguijoneada por la potencia del discurso religioso, ejerce una fascinación incomparable sobre los hombres.

En su libro [*Tu hâiras ton prochain comme toi-même*](#) [Albin Michel, 2017], Ud. escribe que «el terrorismo es una guerra contra el símbolo, contra la identificación de lo humano con lo simbólico». ¿No es cierto que los atentados que se produjeron ante los ex-locales de *Charlie Hebdo*, contra Samuel Paty, etc. confirman este análisis?

Hélène L'Heuillet: Por completo. Desde al-Qaeda, el terrorismo ha declarado la guerra al símbolo – Bin Laden no lo ocultaba. Daech evidentemente recuperó esa lógica. Recordemos no más la destrucción de las ruinas de Palmira en Siria. En este sentido atacar a Samuel Paty es por supuesto atacar al sistema escolar, símbolo de la República. Hay incluso una especie de *mise en abîme* < insertar una narración dentro de otra o una imagen dentro de otra, de forma análoga a las matrioskas > de la guerra terrorista contra lo simbólico en ese asesinato: matan a un profesor por haber abordado con sus alumnos ese otro símbolo de la libertad de expresión que son las caricaturas de Mahoma. Precisamente porque este acto es simbólico que esas consecuencias son devastadoras, mientras que el balance humano es limitado. Contrariamente a las guerras clásicas, la acción terrorista no tiene necesidad de producir muchos muertos. Es cierto que desde este punto de vista los atentados del 11-Septiembre, que fueron particularmente «eficaces», son una excepción. Evidentemente el balance humano de los atentados terroristas es sin común medida con el de las guerras mundiales. Y sin embargo, las sociedades humanas se sienten con toda razón profundamente desestabilizadas. Mientras que en las guerras clásicas, el miedo es un efecto de los actos, el terrorismo consiste en meter terror al principio, producir miedo, aislar el elemento del miedo en la guerra. Esto permite una «formidable» economía de medios: se hiera a un profesor y todos los profesores quedan heridos.

Los terroristas atacan al símbolo. Pero ¿acaso es que ellos no continúan sin embargo reflexionando en términos de símbolos?

Efectivamente. Los terroristas tienen necesidad de lo simbólico al que quieren destruir. En este sentido, el terrorismo está condenado al fracaso porque es auto-contradictorio. Digan lo que digan, ellos siguen perteneciendo a la humanidad, permanecen en lo simbólico, es decir del lenguaje. El mismo hecho de gritar «*Allahu akbar*» en el momento en que pasan al acto es de alguna manera el óbolo que le deben pagar a lo simbólico en el lugar mismo en que el terrorista está atacándolo.

Hacerle la guerra a lo simbólico, es también atacar la ambivalencia inherente al lenguaje...

El símbolo, que es el corazón mismo del lenguaje, agencia la presencia y la ausencia; hace posible un margen de interpretación y nos «desprende» de nosotros mismos. Hay en los terroristas algo como un odio de esta equivocidad propia del lenguaje, en la que se enraizan la indecisión, la hesitación, la incertidumbre, la duda, la ambivalencia – todos estos rasgos constitutivos de la vida humana. Samuel Paty se esforzaba, precisamente, por valorizar esta dimensión interrogativa de la existencia; como lo muestran las fotografías de los cuadernos de sus alumnos, les había pedido que pensaran una situación de dilema y que presentaran a la vez argumentos a favor de «Yo soy Charlie» y de «Yo no soy Charlie». Los terroristas aborrecen esta manera de pensar – ellos no quieren en absoluto que se trate de comprender sus argumentos. Para los

fundamentalistas islamistas –pero esto es verdad para todos los terrorismos, comenzando por los marxistas revolucionarios–, hay que oponerle a la equivocidad del lenguaje un dogma monolítico. Para ellos no hay más que una y sola interpretación, la que es indiscutible. Se ve cómo los islamistas rechazan totalmente la idea de que el Corán tuviera muchas interpretaciones, que la fe pudiera estar sujeta a discusión. El paso al acto asesino es la realización de esta voluntad de ponerle diques al funcionamiento del lenguaje. Pasar al acto, es decir: «ahora dejamos de hablar, esto es inútil; hay que actuar, y en este caso matar». Es claro en este caso que lo atacado es lo humano que habla, ese que «no sabe», el que vive situaciones de dilemas que lo obligan a interrogarse.

La «técnica» utilizada contra Samuel Paty –la decapitación– ¿es precisamente una manera de aniquilar el lugar mismo de la palabra?

Tendríamos mucho que decir de las decapitaciones que al-Qaeda & Daech utilizan desde hace tanto tiempo. Uno de sus criterios de reclutamiento –válido incluso para las chicas– es por lo demás la capacidad de los futuros soldados para observar videos de decapitación. Por supuesto que hay en todo esto una dimensión simbólica: como Ud. lo anota, la cabeza es el lugar de la palabra y de lo simbólico; el rostro es el lugar por excelencia de la ética. Es cierto que hay que evitar mezclarlo todo, pero el principio mismo del terror es claramente hacer equivalente el cortar una cabeza y el «cortar una cabeza de col o beber un sorbo de agua», como lo dice Hegel en la *Fenomenología del espíritu* <para describir el asesinato “más frío y más insulto”>. Sus cabezas nada valen, es lo que dicen los artesanos del terror. Sin embargo imagínese Ud. lo que significa para un muchacho de 18 años decapitar a alguien.

¿Cómo se vuelve uno capaz de un tal desencadenamiento de violencia?

Llegar hasta matar al símbolo y al lenguaje no es algo que ocurre por sí solo en los humanos. Por esto el rol que juega la organización. El desafío principal de los pocos meses de aislamiento durante los cuales se prepara el yihadista consiste en lograr "desenredar" el instinto de muerte y el instinto de vida, que normalmente siempre están mezclados en los seres humanos. Es preciso auto-condicionarse de tal manera que ya no se tolere al símbolo – es decir la duda, la incertidumbre, la hesitación. Los enrolados deben estar permanentemente movilizados; se esfuerzan por vencer su división interna, aislar la pulsión de muerte. Recuerde Ud. el enigma de Salah Abdeslam [*uno de los terroristas de los atentados del 13 de noviembre de 2015*]: ¿fue que su cinturón no funcionó, o por el contrario, volvió a ser atrapado, *in extremis*, por la pulsión de vida? ¿No será que quiso escapar, en el último momento, de la suerte que iba a ser la suya y vivir otra cosa? Sin duda nunca lo sabremos pero matar lo simbólico en sí, es una tarea eminentemente difícil.

¿Habrá que temer un mimetismo de la violencia, una sobrecarga terrorista?

En efecto la podemos temer. El caso de Anzorov –el asesino de Samuel Paty– responde a decir verdad ya a esta lógica. Luego del atentado ante los antiguos locales de *Charlie Hebdo*, él se dijo: «Yo también, es necesario que yo también vaya.» La pulsión de muerte, de asesinato, ya estaba ahí antes, y él buscó el *casus belli* que lo iba a gatillar. También acá el funcionamiento es muy diferente del de las guerras clásicas, en las que es menester lograr movilizar las energías para llevar a los soldados al combate, para despertar en ellos la voluntad de matar. Aquí la pulsión pre-existe y se busca una ocasión de pasar al acto. El riesgo de contagio es tanto más fuerte como que hay, en los atentados terroristas, una dimensión de suicidio – incluso cuando no se trata, propiamente hablando de atentados suicidas, los terroristas saben claramente que van a morir. Lo sabemos muy bien, el suicidio es contagioso – existen verdaderas epidemias, olas de suicidas, pues el suicidio va a buscar, en lo más profundo de cada uno, la tentación de la muerte a la que nadie escapa. Es una de las lecciones más profundas del psicoanálisis.

Contrariamente a las guerras clásicas que Ud. evoca, ¿reposa pues el combate terrorista en gran parte sobre una iniciativa individual?

No existen lobos absolutamente solitarios –de cerca o de lejos, las organizaciones juegan un rol- pero la iniciativa individual sigue siendo sin embargo fundamental. Lo que opone a los soldados de la djihad y los soldados de las guerras clásicas. Cuando la guerra se declaró, en 1914, incluso si uno es muy patriota y muy dispuesto, se tiene el derecho de llorar antes de partir para el combate, de preferir, en el fondo de sí, no tener que ir – de permanecer dividido. El individuo no tiene la iniciativa: él se fila bajo la bandera, que juega un papel perfectamente simbólico. Por el contrario, en el terrorismo, la iniciativa individual es fundamental. La bandera de la organización no es tanto el vector de la movilización como la égida bajo la cual se coloca la pulsión de muerte individual pre-existente. Los reclutas por lo demás son probados con respecto a sus motivaciones. Al-Qaeda era más elitista – no quisieron a Mohamed Merah, al que consideraban demasiado desquiciado; Daech tiene menos escrúpulos. Pero la lógica es la misma: desde 2001, Ayman al-Zawahiri [*el sucesor de Oussama bin Laden a la cabeza de al-Qaeda*] proclamaba la individualización de la djihad. Daesh reforzó este enfoque: todos los que lo quieran hacer pueden coger un

cuchillo en su cocina y proceder. Existe pues, en la lógica terrorista, una forma de incitación a la iniciativa individual. Los que tienen ganas de pasar al acto se sienten confortados porque una organización apoye su djihad individual.

¿De donde viene esta pulsión de muerte de los reclutas? ¿Se podría hablar de una especie de deficiencia simbólica, que viene a ser compensada por el discurso monológico de los terroristas?

Esos jóvenes –pues se trata esencialmente de jóvenes– están confrontados a una simbólica que no se sostiene. No logran encontrar su lugar en una sociedad que consideran «podrida» y de la que tienen el sentimiento de que los rechaza. No logran hacerse escuchar. Es así como viven su propia situación en todo caso. Todos los periodistas hablan de esos jóvenes que se aburren, pero que no llegan a dimensionar lo que es su malestar; su enojo es mortífero, es un odio del tiempo, un fastidio consigo mismos, el presentimiento de la muerte. Frente a su enfado, esos jóvenes sueñan con dinamitarlo todo y con reformar el mundo por medio de una victoria total del Islam. A decir verdad se trata de una tentación que no es propia sólo de los jóvenes dyihadistas. Olivier Roy hablaba muy precisamente de una *«islamización de la radicalización»*, en vez de una radicalización del Islam. La radicalidad no es solamente un asunto islamista. La juventud tiene siempre una tentación muy fuerte por cambiar íntegramente el sistema que está en funcionamiento. <En este caso> Lo propio del terrorismo contemporáneo es hacer de la religión el motor pulsional de esta voluntad de transformación.

¿Por qué la religión?

Freud interpreta la religión como una sublimación de las pulsiones. Es verdad, pero ¡esto no lo es todo! La religión se apodera de toda la energía del sujeto: se carga del deseo y de la subjetividad de cada uno. Y le permite pues a cada quien de ponerse por fuera de juego, fundirse totalmente en una causa exterior a sí mismo. Es un discurso extremadamente poderoso: ¿quién no ha querido alguna vez, así sea por un momento, ser liberado de sí mismo, de sus divisiones internas, del peso de su propia subjetividad? ¿Quién no ha soñado con escapar de la carga que representa el tener que encargarse siempre de su propia vida? La subjetividad puede ser estorbosa, especialmente para los jóvenes. Y la religión puede proveer un motor pulsional incomparable: permite escapar de nuestras afugias internas dirigiendo todas nuestras

energías en una única dirección. Razón por la que se presta, muy a menudo, al fanatismo, y mantiene un vínculo privilegiado con la radicalidad. Para pasar al acto, la religión es una fuerza sin par. Véase no más al terrorista ruso Boris Savinkov [revolucionario socialista, 1879-1925]: no se puede discutir su ateísmo radical y sin embargo, ¡cita el *Apocalipsis* de Juan en todas las páginas de su *Cheval blême!* Como decía Lacan en *El Triunfo de la religión*: «ellas son capaces de dar sentido a cualquier cosa: un sentido a la vida humana, por ejemplo»¹ Para nada es sorprendente que puedan hoy aceptar el desafío de darle también un sentido a la muerte que un sujeto se da mientras asesina a otros.

Desde su punto de vista la religión es pues, un motor particularmente poderoso para el desencadenamiento de la violencia. Pero ¿no es también, como lo mostraba René Girard, una instancia de canalización de la violencia?

Es verdad. Pero todo depende de lo que se entienda por religión. Las gentes de Daech <Estado Islámico> hablan por lo demás de «*otro islam*» en sus sitios de propaganda. Un islam que no es «*el islam de las mezquitas*». Por supuesto que hay algunas mezquitas que son focos de radicalización, pero por regla general los terroristas de Daech no tienen necesidad de mezquitas – en el fondo desconfían de esos espacios en los que los creyentes están juntos y pueden llegar a discutir sobre su fe. El islam de los terroristas es fundamentalmente escatológico [*relativo a los fines últimos del mundo*] – mientras que la inmensa mayoría de ellos son sunnitas y que no hay mesianismo en el sunnismo. Casi que podríamos hablar de una escatología de estructura en todo acto terrorista. El terrorismo dyihadista que conocemos usa particularmente esta capacidad de la religión para juzgar al mundo con relación a fines últimos promovidos al rango de verdades supremas. Los muchachos terroristas se convierten en el brazo armado de esta verdad suprema que autoriza la suprema violencia.

Traducido por Luis Alfonso Paláu, Envigado, co, noviembre 15 de 2025

¹ *Op. cit.* Buenos Aires: Paidós, 2008, p. 79 <https://tavapy.gov.py/biblioteca/wp-content/uploads/2022/04/LacanJ-El-Triunfo-de-la-Religion-1.pdf>